

EDITORIAL / 4

UNIVERSIDAD EN TRANSFORMACIÓN

Antoni Furió. El futuro de la universidad. / 7**Nigel Biggar.** ¿Para qué sirven las universidades? / 21**Leemon B. McHenry.** La mercantilización del saber. Influencias mercantiles en la búsqueda del conocimiento. / 31**Gary Rhoades y Sheila Slaughter.** Capitalismo académico en la nueva economía: retos y decisiones. / 43**Anthony Grafton.** Gran Bretaña: la vergüenza de las universidades. / 61**Richard Münch.** Bolonia, o la capitalización de la educación. / 65**Derek Bok.** Raíces de la mercantilización. / 73

TEMAS

Amartya Sen. Sraffa, Wittgenstein y Gramsci. / 85**Alain Gras.** La evolución técnica y la cuestión ecológica. La civilización termo-industrial y la técnica como hecho social. / 103**Ricard Meneu.** El laberinto de la sanidad norteamericana. Una perspectiva europea. / 113**Peter J. Dougherty.** Manifiesto en defensa de la edición universitaria. / 123

LIBROS

Teresa López Pardina. ¿Quiénes somos las mujeres? (Asunción Oliva, La pregunta por el sujeto en la teoría feminista. El debate filosófico actual). / 131**Vicente Sanfélix.** Diario de un científico melancólico (Andrés Moya, Pensar desde la ciencia). / 137**Gonçal Mayos.** La barbarie analizada (Michael Mann, El lado oscuro de la democracia. Un estudio sobre la limpieza étnica). / 145**Tomás Vives.** Sobre la idea de la justicia de Amartya Sen (Amartya Sen, La idea de la justicia). / 151

La barbarie analizada

Gonçal Mayos

He aquí un libro tan duro como necesario del sociólogo histórico y comparatista Michael Mann, del que cabe esperar que la excelente traducción de Sofía Moltó facilite una recepción equivalente a su valor. El título mismo nos pone en guardia frente a la ingenuidad de considerar que la «democracia» en sus aspectos meramente formales lo es todo, la garantía suprema y definitiva, la protección absoluta frente la barbarie. Apunta a que –como todo– también la democracia tiene sus puntos débiles y su «lado oscuro». Goya ya intuyó que «el sueño de la razón engendra monstruos», igualmente cuando la democracia es incipiente, débil y, aún más, cuando se duerme en su velar incesante, fácilmente deja emerger –incluso potenciado– su «lado oscuro» en forma de monstruosos genocidios y limpiezas étnicas.

Difícilmente hay alguien más capacitado para un tan difícil análisis que Michael Mann, por tres motivos: primero está su personal enfoque macrohistórico y macrosociológico ya consagrado con su obra magna *Las fuentes del poder social*, de la que ha publicado los dos primeros y muy ambiciosos volúmenes (de hecho la obra que nos ocupa bebe claramente de los dos restantes que se centrarían en el siglo XX y las conclusiones generales).

En segundo lugar debemos tener presente la contrastada capacidad crítica del



Michael Mann

El lado oscuro de la democracia.
Un estudio sobre la limpieza étnica
Traducción de Sofía Moltó
PUV, Valencia, 2009. 662 págs.

profesor Mann que se niega a cualquier alineamiento que no sea por argumentos contrastados. Ello puede verse en su persistente crítica a los Estados Unidos (especialmente en su obra *El Imperio incoherente. Estados Unidos y el nuevo orden internacional*, 2004) y en otros libros como, por ejemplo, *Fascistas* (también publicado por la Universitat de València en 2006). Además podemos destacar su formación y trayectoria multiétnica y multicultural pues si se trata de la «limpieza étnica», ese dato no es ocioso. Michael Mann (al que no hay que confundir con el director de cine del mismo nombre y apellido) tiene doble nacionalidad británica-norteamericana, ha trabajado en universidades de todo el mundo y en la actualidad profesa en la Universidad de California (Los Ángeles) y en la Queens University (Belfast).

En tercer lugar, hay que destacar el detalle con que lleva a cabo su análisis, pues el libro que reseñamos ocupa más de 650 densas páginas. El autor disecciona con gran precisión las múltiples causas y circunstancias de los grandes genocidios y limpiezas étnicas modernas. Detalla y se centra sobre todo en el genocidio armenio; el nazismo (incluyendo los hechos de Polonia, Estonia, Letonia, Lituania, Bielorrusia, Ucrania e –incluso– Italia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Croacia y Eslovaquia); la «limpieza comunista» de Stalin, Mao y Pol Pot; la «limpieza criminal» en Yugoslavia; el genocidio en Ruanda; y «los casos singulares» de India e Indonesia. La cantidad y sobre todo la calidad de la información analizada son sencillamente impresionantes. Cualquier interesado en esos terribles genocidios debe pasar necesariamente por este libro y sus pormenorizados análisis.

UNA TEORÍA GENERAL

Pero además (y en ello centraremos esta reseña) Mann ofrece una potente y valiente interpretación general de la na-

turalidad de los modernos genocidios y limpiezas étnicas, de sus causas comunes y tipología. Siempre con voluntad de no cargar en exceso las tintas en un tema tan espinoso, cruel y polémico, y de definir rigurosamente su ámbito de estudio, Mann distingue con precisión entre los modernos genocidios y limpiezas étnicas, y otros tipos de bárbaras masacres. Ello puede desear al lector, dado el escándalo que provocan las atrocidades analizadas, pero permite precisar los términos y seleccionar un campo de estudio que sea mínimamente analizable.

Así opta por una estructuración jerárquica de la escalada de los conflictos distinguiendo estadios de «discriminación», «represión controlada selectiva» y «represión controlada generalizada» (que pueden incluir desplazamientos de población); frente a otros de «represión ejemplar y guerra civil, represalias sistemáticas», «asentamiento/desplazamiento violento», «supresión controlada total de la lengua y la cultura del grupo externo» y «deportaciones controladas y presiones sobre la emigración».

Sin menospreciar esas crueldades, Mann confiesa que sus análisis tan sólo se han centrado en las etapas más crueles y violentas de: «conversión forzada», «politicidio» (asesinato de «toda la clase gobernante y potencialmente gobernante de un grupo»), «clasicidio» («asesinatos masivos programados de clases sociales enteras»), «deportación y emigración violentas», «etnocidio» («eliminación no programada de un grupo y de su cultura») y «genocidio» (definido por las Naciones Unidas como «acto criminal que pretende destruir un grupo étnico, nacional o religioso, al que previamente se ha elegido», es decir exterminio con programación sistemática).

A título de orientación y estructuración general, ofrece una completa, clara y muy ejemplificadora tabla de los distintos y crecientemente crueles tipos de violen-

cia y limpieza étnica. Además en el apartado inmediatamente posterior justifica pormenorizadamente los motivos de su jerarquización y distinción. Aunque desarrolle distinciones ya conocidas y clásicas, creemos que la estructuración global que propone será muy útil en adelante y se impondrá en la siempre difícil tarea –pero también necesaria– de clarificar y clasificar la barbarie.

MÁS QUE BARBARIE PRIMITIVA: MIEDO E INCOMPRESIÓN MUTUA

Michael Mann destruye el tópico que responsabiliza en exclusiva de los genocidios a unos pocos «locos», «maníacos», «irracionales» y «primitivos» líderes o minorías. De los pormenorizados análisis del libro que reseñamos resulta que el camino hacia los genocidios suele ser mucho más complejo de lo pensado, por lo que hay que superar la visión fácil, distorsionadora e incluso mitificadora que se centra tan sólo en «líderes malévolos o grupos étnicos [con] poderes mágicos para manipular». Es éste un tópico sin duda consolador, pero que se ha mostrado muy peligroso, pues muchas veces facilita la mitificación de los genocidas (como sin duda ha pasado con Hitler en algunos sectores sociales). Y sobre todo desvía la atención y la vigilancia de las circunstancias y los colaboradores necesarios e imprescindibles para cualquier genocidio o limpieza étnica.

Por mucho que pueda sorprender y escandalizar, los hechos demuestran que los colaboradores pueden ser prácticamente cualquiera, incluso en ciertas circunstancias «podríamos ser nosotros». Pues –en contra del peligroso tópico consolador– afirma el autor: «Ningún grupo étnico ni nación es invulnerable. [...] No hay pueblos virtuosos», no hay nadie totalmente libre del «etno-nacionalismo». Enlazando con los análisis de Hannah Arendt sobre la banalidad del mal y los famosos experimen-

tos científicos de psicología social llevados a cabo por Milgram, Mann concluye que, finalmente, terminan ejecutando los criminales actos de genocidio «gente ordinaria». Además «sus motivos son mucho más mundanos» de lo que todos pensábamos; quedan confirmados pues los conocidos análisis sobre la «banalidad del mal» de Arendt o la «zona gris» de los valores y actitudes sobre la que llamara la atención Primo Levi.

Mann considera que los mutuos miedos e incomprensiones llevan a tres peligrosos mecanismos por los que «la guerra y la violencia parecen racionales, aunque objetivamente no lo sean.» Los apuntaremos brevemente: (1) «El dilema de la seguridad (Posen, 1993) implica que los esfuerzos de cada lado por garantizar su seguridad debilitan la seguridad del rival. La escalada obliga a las dos comunidades a refugiarse tras la violencia de sus hombres. El miedo y un sentimiento de humillación conducen a la ira y al crimen preventivo. Esto podría explicar la curiosa opinión de muchos asesinos de que en realidad ellos son las víctimas.» (2) «El problema del compromiso implica que la escalada es consecuencia de la reticencia a comprometerse a defender acuerdos, lo cual también hace al oponente reticente al compromiso.» Y (3) «El fracaso de la información [...] se da cuando se alardea de un poder militar que no se tiene, por ejemplo, el adversario no sabe que es un farol y se arma innecesariamente, lo cual lleva a la escalada».

El autor avisa también contra el tópico del «primitivismo» y el retorno a una naturaleza bestial. No niega esos calificativos, pero avisa que genocidios y limpiezas étnicas tienen muchas más causas que la tendencia humana al primitivismo o su naturaleza bestial. «Ninguno de los conflictos étnicos considerados aquí es natural o primordial. Son conflictos creados por la sociedad», dice.

Mann destaca que los genocidios son tanto más probables cuando hay dos bandos, relativamente iguales en fuerza, movidos por una peligrosa mezcla de miedo e incompreensión mutuos, cuando uno se siente maltratado y el otro lo justifica por su «superioridad civilizatoria», cuando «un grupo étnico debe considerarse explotado por otro, y a su vez, el opresor imperial reacciona con legítima indignación contra la amenaza de ver su “civilización” sometida al “primitivismo” –igual que hacen las clases altas cuando se sienten amenazadas por la revolución.» Así, «culpar a los pueblos “primitivos” nos ofrece un consuelo psicológico».

De los análisis llevados a cabo sobre los genocidios y limpiezas étnicas, el autor concluye que «los autores no eran individuos autónomos liberados de sus super-egos. Cuando el odio y la violencia estallaron, no estaban tan libres de las presiones de la socialización tradicional como estimulados por las nuevas. Las teorías primitivas no son muy útiles».

HACIA UNA TEORÍA MÁS COMPLEJA Y ÚTIL DEL GENOCIDIO

Los análisis concretos, atendiendo a las múltiples variables y circunstancias, muestran que una importante complejidad preside los genocidios y limpiezas étnicas. Evitando simplificaciones, Mann afirma (en su tesis 7) que «Hay tres tipos principales de autores: (a) elites radicales que gobiernan estados con sistema de partido único; (b) grupos de militantes que se convierten en violentos paramilitares; y (c) electorados que proporcionan apoyo masivo, aunque no mayoritario.» Esos actores principales pueden entrar, además, en complejas relaciones entre sí, pero de partida prácticamente nunca han tenido la coherencia y unanimidad que preconizaba la teoría mítica tradicional.

Michael Mann muestra que los autores de genocidios o limpiezas étnicas «no son ni elites estatales coherentes, ni pue-

blos enteros. La escalada se produce en complejas interacciones entre líderes, militantes y masas, mientras las mayorías se quedan paralizadas por la indiferencia o el miedo». Además, no hay que olvidar que la «limpieza» de grupos étnicos considerados «externos» suelen llevarse a término tan sólo después de haber forzado (muchas veces represiva y violentamente) la unidad del grupo considerado «propio».

Nunca ha sido fácil matar y aún menos matar de forma masiva, si bien en la modernidad lo facilitan nuevas posibilidades que alejan al verdugo de su víctima, especialmente interponiendo pantallas, meros datos o instituciones burocratizadas. Casi nunca la muerte ha sido la primera opción y Michael Mann destaca que habitualmente (y sus análisis son los mejores y más detallados hasta el momento) las limpiezas étnicas no habían sido tan preparadas fríamente ni programadas maquiavélicamente por quienes las realizaron. Al contrario, se suele llegar a la «limpieza étnica» de forma «inesperada», «originalmente involuntaria y a partir de crisis inconexas como la guerra». Es un argumento más para que –en ningún caso– bajemos la guardia, que los análisis de Mann muestran que el genocidio suele aparecer sobre la marcha como una especie de «Plan C», cuando han fracasado planes previos «A» o «B».

Ahora bien, las limpiezas étnicas tampoco no suelen ser una pura explosión de odios pues, como todo crimen masivo –matiza Mann–, requieren inevitablemente de una importante institucionalización política. Por eso, los estudios que sistematiza este libro demuestran que las limpiezas étnicas «están en sus fases más mortíferas cuando las dirigen los estados, y eso requiere cierta coherencia y capacidad estatal». Mann recuerda que «al final, la limpieza étnica criminal siempre es emprendida por las elites estatales. Pero de nuevo, ese es el fin del proceso de desintegración, reconstitución y radicalización

del Estado.» Y por ello avisa de los llamados «estados fracasados» y propensos «a generar guerras civiles».

EL «LADO OSCURO» DE LA DEMOCRACIA

Sin duda el aspecto más polémico del libro será su tesis: «La limpieza criminal es moderna porque es el lado oscuro de la democracia». Tal tesis representa un duro golpe a la excesiva ingenuidad del tópico habitual, disfrazado de sentido común, consistente en considerar que la simple democracia formal es el antídoto de todas las barbaries. Pero que nadie se escandalice, pues Mann apunta explícitamente «al lado oscuro» y no a la democracia sin más; si bien también destaca que ese lado negativo y perverso –que sin duda degrada totalmente la democracia– nace de la «posibilidad que la mayoría pueda tiranizar a las minorías».

Cuando se pervierte la democracia, pero por su dinámica misma, aparece la funesta tendencia a tratar «como enemigos a pueblos enteros». Precisamente por ese lado terrible y oscuro, se explica también un hecho ampliamente contrastado: «hoy en día, las guerras civiles, la mayoría de carácter étnico, causan más muertos que las guerras interestatales». Remitiendo entre otros al estudioso A. Wimmer, Mann destaca que «la modernidad está estructurada por principios étnicos y nacionalistas, ya que las instituciones ciudadanas, la democracia y el bienestar están ligados a formas de exclusión étnica y nacional.»

Sobre todo en sus estadios iniciales y no plenamente consolidados de democracia y de modernidad –concretamente los que no han establecido todavía «garantías constitucionales para las minorías»– aparece ese «lado oscuro» que con la entronización del «ideal de soberanía popular comenzó a entrelazar el *demos* con el *ethnos*, generando conceptos radicales de nación y estado que alentaron la depuración de las minorías». Como detallaremos

más adelante, paradójicamente porque el pueblo de a pie dejó de ser mero súbdito «convidado de piedra» en la política y pasó a ciudadanía soberana que protagonizaba la historia, cada vez más fue visto como más peligroso, a veces como irremediablemente peligroso.

Es por la creciente relevancia política de la gente corriente, que aumentan las tendencias a «limpiar» la población de las minorías étnicas indeseables pero con enorme poder en una democracia. Por este motivo –destaca Mann– la amenaza del genocidio y la limpieza étnica corre el riesgo de convertirse en endémica con la modernidad. Cuando unas masas populares chocan con otras por soberanías distintas, aparentemente irreconciliables, puede aparecer quien crea que eso se podría solucionar de una vez por todas: simplemente «limpiando» a la población más débil o minoritaria. El resto lo harán la oportuna intoxicación propagandística, los potentes mecanismos burocráticos e ideológicos de los «leviantes» modernos, y sin duda los mutuos odios, miedos y mala comprensión.

Para completar en alguna medida esta tesis, apuntaremos algunos aspectos sociales que –en cierto sentido– minimizaron el impacto de los genocidios y las limpiezas étnicas en épocas anteriores a la modernidad.

ANTES DE LA MODERNIDAD

Paradójicamente y evitando edulcorar la brutalidad del pasado, la tendencia a erradicar totalmente una minoría o una etnia era mucho menor en épocas premodernas. Enlazando con estudiosos como Ernest Gellner y John A. Hall, Michael Mann lo asocia con el hecho de que, antiguamente, las aristocracias y oligarquías dominantes «raras veces compartían una cultura común o una identidad étnica con la gente corriente. De hecho despreciaban a la gente [...] la clase se imponía a la etnia.»

Por muy complejas que fueran, en las sociedades premodernas los estamentos sociales estaban muy separados culturalmente: los ricos y poderosos normalmente disponían de lo que se llamó una «alta» cultura escrita, que habitualmente estaba muy extendida (caso del latín) y no coincidía con la cultura ni la lengua de la gente corriente, que se solían limitar a una cultura popular meramente oral y en lengua «vulgar». «Las personas corrientes de las grandes sociedades premodernas no hablaban la misma lengua y eran analfabetas. Las elites podían hablar y escribir una o dos lenguas oficiales comunes, que generalmente no eran vernáculos de los nativos. Griego, latín, persa, al igual que el acadio, no estaban emparentadas con la mayoría de las lenguas que se hablaba en el [correspondiente] imperio.»

Ello generaba una gran distancia, incluso étnica entre la elite y el pueblo, de forma que la primera inevitablemente gobernaba etnias distintas, en imperios multiétnicos y multiculturales. «La elite gobernante, el clero, y los mercaderes podían pertenecer a distintas minorías étnicas, diferentes a la mayoría agrícola local. Ese fue el caso de los imperios acadio, hitita, asirio y de Urartu, unidos por el poder militar –no por una cultura compartida, y aún menos por la solidaridad étnica. [...] En aquella época la etnicidad no cimentaba estados».

Los estados solían estar divididos en una elite y un pueblo muy distintos étnicamente; especialmente las elites solían estar muy vinculadas y emparentadas entre sí con independencia de la gente concreta que gobernasen y, por supuesto, su solidaridad entre ellas y por la clase, era mucho más fuerte que cualquier solidaridad cultural. Por ello, no tenía sentido buscar la pureza étnica, «limpiando étnicamente» las poblaciones. Ahora bien, como indica Mann: «Este patrón empezó a debilitarse

cuando emergieron las religiones de salvación. El Cristianismo, el Islam y otras religiones generaron una cultura religiosa compartida por todas las clases. Pero el cambio decisivo llegó cuando los ideales políticos de las democracias modernas otorgaron la ciudadanía a todos los miembros de todas las clases sociales y de ambos sexos».

La notable indiferencia multiétnica y multicultural entre elites y pueblo fue desapareciendo en la medida que se politizó –primero la religión y luego la cultura– generando el peligroso deseo de obtener, con los medios que hicieran falta, estados monolíticos religiosa o culturalmente. «El monoteísmo recalcó esto: todo el mundo tenía que adorar al mismo dios mediante ritos semejantes. Los estados se convirtieron en “defensores de la fe”, “Su Católica Majestad”, etc.». Más adelante, el monolitismo político afectó además de la religión a la cultura, la lengua... generando el estado-nación moderno, que se caracteriza por una fuerte tendencia al unitarismo cultural. Ese y no otro, es el aspecto que minimizaba la tendencia hacia el genocidio en épocas ciertamente muy bárbaras y violentas. Esa es la conclusión básica del autor en los apartados que dedica a una breve historia de la limpieza étnica desde la antigüedad hasta los tiempos modernos, en los que intenta demostrar que «la limpieza étnica fue al principio poco común, pero que más adelante se convirtió en endémica en el mundo de los europeos».

Precisamente porque los imperios tradicionales, a diferencia de los estados-nación modernos, no solían imponer una única cultura ni unificar étnicamente a sus poblaciones, el sociólogo alemán Ulrich Beck actualmente está pensando (por encargo de la Comunidad Europea) la unidad europea en términos más cercanos al «imperio» que no al «estado-nación». Como yo mismo pude presenciar, ello no fue demasiado bien entendido en una reciente

conferencia del sociólogo en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona. Michael Mann destaca la muy superior tendencia de los modernos estados-nación a unificar culturalmente y a aspirar a una población étnicamente «limpia» y «pura». Ello explica el hecho de que «a partir del siglo XVII, los colonizadores europeos fueron más genocidas en países con gobiernos constitucionales que con gobiernos autoritarios. Quizás a las democracias de los colonizadores habría que llamarlas etnocracias, democracia para un grupo étnico, como [Yiftachek, 1999] hizo con Israel».

Como puede verse, son muchas las lecciones, los argumentos y –quizás sobre todo– los avisos para mantener la vigilante tolerancia y el respeto humano que nos ofrece Michael Mann. Si algunos son poco intuitivos, ello los hace aún más importantes e imprescindibles para la humanidad. No se puede poner entre paréntesis o ignorar ese «lado oscuro de la democracia» que representan, en medio del progreso tecnológico y la modernidad, los genocidios y las limpiezas étnicas.

Gonçal Mayos es profesor de Filosofía de la Universidad de Barcelona y consultor de Humanidades de la UOC.